

...y los de papel arrugados  
se hacen planos  
(ibidem),

y nos trasladamos a los dominios  
de la prosa notarial, al estilo de in-  
ventario. Lejos, muy lejos de la  
lúcida poesía.

En *Olas* dice:

Con el mismo viento,  
juntas todas,  
al mar.  
Sobre la arena,  
cristalería frágil  
de conchas.  
Escamas del pez océano.  
(Pág. 45.)

Se ve que intencionadamente el  
poeta es comprimido, elíptico, tele-  
gráfico. Con una noble intención es-  
tética, los resultados son deplorables.  
Está bien la economía de los medios  
de expresión, pero sin llegar a la for-  
ma esquemática de la clave, la cha-  
rada o la adivinanza.

Siempre fiel a su procedimiento,  
pero embarcado ya en una corriente  
de más intensa poesía, dice del vien-  
to:

Cierra las puertas con presión  
(neumática).  
Abre de las puertas la boca.  
Un papel en la mesa se fué como un  
(pájaro).  
Las personas de los cuadros, andan.  
Fuera, en los filos de las esquinas,  
se va cortando los brazos.  
Más allá se hizo caracol en el ras-  
(cacielos).  
(Pág. 27.)

Tan incompleto como se quiera  
este trozo es vívido, animado y tiene  
movimiento. Casi está bien. Pero

siempre es muy poca cosa. El poeta  
es un prisionero y una víctima de su  
manera retórica. Quiso reaccionar  
contra el énfasis y la ampulosidad y  
cayó en la anemia y el estreñimien-  
to. Su poesía parece poesía de en-  
fermo y para enfermos. Poesía en  
dosis homeopáticas.

Estamos en presencia de un poeta;  
pero de un poeta en formación que,  
por ahora, nos da sólo los esquele-  
tos de sus poemas. Como si, por un  
capricho, publicara sus borradores  
y cuadernos íntimos. Esperamos  
que un día publique sus poemas y  
juzguémoslo entonces. Registrem-  
os por hoy su existencia y demos  
noticia de ella a quienes se intere-  
sen por la minerva española.—*Ro-  
berto Meza Fuentes.*

ANTOLOGÍA DE LA POESÍA MEJICA-  
NA MODERNA, editada por *Jorge  
Cuesta.*

Es difícil sobre toda ponderación  
la confección de una buena y acer-  
tada antología poética. La selec-  
ción de los trozos, y más que todo  
el que la antología cumpla con su  
misión fundamental, esto es: dar  
una impresión completa sobre una  
poesía determinada, es tarea di-  
ficultosa. Y la causa inmediata de  
esta dificultad, ya que no la única,  
proviene de la falta de certeza de  
casi todas las antologías para cir-  
cunscribirse a determinados perío-  
dos de la vida literaria de un país.

La presente antología escapa afor-  
tunadamente a las observaciones  
hechas. Se limita a la poesía meji-  
cana «moderna», y el seleccionador,

Jorge Cuesta, cultísimo escritor joven de Méjico, ha adoptado un criterio a la vez amplio y estricto, que le permite iniciar la época que él llama moderna con Manuel José Othon (1858-1906) y terminar su libro con los poemas en prosa de Gilberto Owen, nacido en 1904. Podría creerse, por los nombres y fechas citados, que en esta antología reina una confusión absoluta de valores, de fechas y de épocas dentro de la producción poética mejicana.

Nada más errado. Ha dividido el autor la poesía mejicana moderna en tres ciclos, que si no pueden precisarse exactamente en cuanto a las fechas que los inician y les dan fin, se caracterizan por el núcleo de poetas que reconocen ciertos tonos comunes en su canto. En el primer grupo, caracterizado por un fuerte tono romántico, Hugo, Musset, Lamartine, Gautier como influencias predominantes, figuran Manuel José Othon, Salvador Díaz Mirón, Francisco A. de Icaza, Luis G. Urbina, Amado Nervo y Rafael López. Estos dos últimos podrían formar un duo de transición entre la influencia romántica y la que le siguió en la poesía francesa del siglo XIX, parnasianismo, Heredia, Leconte de Lisle y las corrientes llamadas modernistas, entre las que los secuaces de Baudelaire, de los simbolistas Rimbaud, Verlaine, formaron sólo grupos pesquisables en el delirio de todos los «ismos», iniciado en el siglo XIX y no terminado aún. Las influencias señaladas en estos últimos se refuerzan con el canto del *Azul* de Rubén. Y en el caso de Icaza, los románticos han hecho el

indispensable viaje a Andalucía, resultado de la permanencia del poeta durante tantos años en su España amada.

En el segundo ciclo caben muchos nombres y muchas influencias. Tan pronto despuntes nacionalistas en poesía como acentos exóticos que llegaron a imitar, en el caso de Tablada, a los hai-kais japoneses. Sobre todas las influencias cada poeta busca su camino verdadero y en casi todos los casos, Rubén Darío los guía por el camino de Francia, de la Francia de Baudelaire, Rimbaud, Corbière, Samain, Verlaine, Grehg, etc. A otros como a Manuel de la Parra el propio Rubén le indica el camino del romanticismo alemán y a ratos el del inevitable simbolismo francés. Figuran en este ciclo Efrén Rebolledo, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Manuel de la Parra, Ricardo Arenales, Ramón López Velarde y Alfonso Reyes.

En el tercer grupo, el grito moderno, actual, da el tono a toda la producción. Los «ismos» últimos: unanimismo, creacionismo, imaginismo, dadaísmo, superrealismo, poesía pura, etc., etc., tienen su resonancia en los jóvenes poetas de Méjico. Sin faltar un «ismo» autóctono, el «estridentismo» representado por Manuel Maples Arce, cazador de metáforas violentas. Se agrupan aquí, fuera de Maples Arce citado, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Salvador Novo, José Gorostiza, Javier Villaurrutia y Gilberto Owen.

Tal es, a grandes rasgos, el plan

Los libros

y el contenido de la antología que comentamos. Junto con la selección de cada autor citado, Jorge Cuesta ha escrito unas breves líneas de explicación; explicación de la obra del autor y de la ubicación de éste en el panorama de la poesía.

Es notable la obra que comentamos por cuanto escapa a las observaciones que hicimos al iniciar esta crónica, y en las que incurren casi todas las antologías, y por cuanto revela en su autor un conocimiento profundo de la literatura de su patria y un criterio exquisito de selección, en que sólo la calidad artística reconocida e imposible de desvirtuar se acepta como credencial para figurar en el libro.

Sin embargo, no es posible no hacer algunas observaciones, entre otras que podrían formularse en un estudio más detenido de la antología, para el cual carecemos de espacio. La primera ha de ser la falta de condiciones críticas en el seleccionador. Parecerá contradictoria esta afirmación con la que hicimos en el párrafo precedente, pero no lo es. Aunque indudablemente el autor sabe apreciar las condiciones de los poetas mejicanos, llegando a expresarlas, lo que ocurre en las notas sobre cada uno de ellos que contiene la antología, no delimita con claridad ni señala con precisión los rasgos distintivos de cada poeta. Esto es notorio, especialmente en los pertenecientes al segundo ciclo, en que las anotaciones dedicadas a Ricardo Arenales, Ramón López Velarde y Enrique González Martínez pueden ser-

vir indistintamente a cada uno de ellos, porque nada dicen de específico sobre la personalidad poética de cada uno de estos poetas. Y tal vez proveniente de esta inseguridad en la apreciación de cada poeta en particular, resulta el hecho que no se explica de la omisión que ha hecho el autor de algunos poetas que sin lugar a dudas debían haber figurado en la antología. Si Manuel José Othon fué elegido para caracterizar el primer nombre del ciclo que podríamos llamar romántico, ¿por qué se excluyó a Manuel Gutiérrez Nájera, que dentro de la tendencia romántica destaca la más fuerte personalidad? Y sucesivamente, nos podríamos preguntar: ¿por qué no figura en el segundo ciclo María Enriqueta, que dentro de su poesía particular, hogareña y burguesa, ha acertado plenamente en tres o cuatro poemitas de innegable delicadeza y de profunda emoción? Tampoco encontramos justificada la exclusión, entre los vates alineados en el tercer ciclo, de la obra de Baltasar Dromundo, aceptable y aceptada en las últimas manifestaciones del espíritu de las avanzadas literarias mejicanas.

Pero los defectos y omisiones anotados no desvanecen la impresión inicial que deja la obra que comentamos: una contribución sólida y meritoria a la historia de la literatura mejicana, una de las más interesantes de nuestro continente, contribución hecha con cariño y con talento.—*Abel Valdés A.*